

INTERNACIONAL

Túnez apunta a los salafistas

El Gobierno acusa a los extremistas de asesinar a dos opositores laicos en los últimos seis meses

ANA TERUEL
París

El Gobierno tunecino acusó ayer a un extremista salafista de estar implicado en el asesinato del opositor Mohamed Brahmi, acerbado el jueves ante su domicilio, y en el de Chokri Belaid, otra figura destacada de la izquierda laica, a finales de febrero. El asesinato de Brahmi, el segundo en menos de seis meses —como el primero, perpetrado por desconocidos a bordo de motocicletas—, ha disparado de nuevo la tensión en el país que vio nacer la primavera árabe. Túnez quedó paralizado por la huelga general convocada en protesta por el atentado, en una jornada en la que cientos de personas volvieron a echarse a la calle, unas para pedir la caída del Gobierno islamista, otras para manifestar su apoyo al Ejecutivo.

“Los primeros elementos de la investigación demuestran la implicación de Bubaker Hakim, un elemento salafista takfiri [movimiento que considera infieles a quienes no siguen sus enseñanzas]”, en la muerte de Brahmi, declaró ayer el ministro del Interior, Lufti ben Yedu. “El arma usada para matar a Mohamed Brahmi es la misma que la que sirvió para matar a Chokri Belaid”, una automática de nueve milímetros, según el ministro, que definió a Hakim como “un elemento terrorista entre los más peligrosos”. Nacido en París hace 30 años y “obrero expatriado”, Hakim era buscado en Túnez por tráfico de armas desde Libia.

La policía asaltó reciente-

mente su domicilio, pero el sospechoso huyó, indicó el director de la seguridad pública. La policía se incautó de armas de fuego, dos bombas caseras, municiones y una pistola, así como de armas blancas.

Ben Yedu mostró en una comparecencia televisada las imágenes de ocho sospechosos, entre ellos Hakim. Las autoridades vinculan a algunos de ellos con el grupo salafista Ansar al Shari'a. El titular de Interior recordó que hasta el momento hay 14 sospechosos del atentado que costó la vida a Belaid en febrero, cuatro de ellas detenidas.

El Gobierno, liderado por el partido islamista moderado En-

Miles de personas marchan a favor y en contra del Ejecutivo islamista

nahda, respondía así a las acusaciones de los familiares de Brahmi y de los manifestantes, que el jueves se echaron a la calle acusando a Ennahda del asesinato. Cientos de personas volvieron a desfilar ayer por el centro de la capital al grito de “el pueblo quiere la caída del Gobierno” y “hoy debe caer Ennahda”. Una contramanifestación de varios miles de personas, escoltadas por las fuerzas de seguridad, recorrió luego parte de la céntrica avenida de Burguiba en apoyo al Gobierno.

Al igual que tras el asesinato de Belaid en febrero, la poderosa plataforma sindical UGTT había



El líder del Frente Popular, el partido del asesinado Brahmi, en Túnez. / M. M. (EFE)

convocado ayer una jornada de huelga nacional para condenar “el terrorismo y la violencia” que paralizó gran parte del país. Las calles de Túnez estaban desiertas, con numerosos comercios cerrados. El transporte público funcionó a medio gas y numerosos vuelos fueron cancela-

dos. En el interior del país, la huelga tuvo también un importante seguimiento, incluso en el sector privado, y se organizaron concentraciones en diversas localidades.

Brahmi, de 58 años, coordinador del Movimiento del Pueblo y muy crítico con el Gobierno isla-

mista, murió tiroteado ante su domicilio en la capital tunecina el mismo día que se conmemora el aniversario de la proclamación de la República tunecina. Será enterrado hoy en el cementerio de El Jelaz, donde también descansaba Belaid, según anunció un portavoz del Frente Popular, una coalición de partidos laicos y progresistas a la que pertenecía Brahmi. La presidencia decretó ayer jornada de luto nacional, y las estaciones de radio emitieron canciones patrióticas.

En una entrevista al diario francés *Le Monde*, concedida antes de revelarse la identidad del salafista, el presidente tunecino, Moncef Marzuki, había denunciado una “operación de desestabilización” y vinculado ambos asesinatos. “Estábamos precisamente acabando de esclarecer el asesinato de Chokri Belaid y ya teníamos una idea sobre lo ocurrido. Los asesinos empiezan a sentir pánico. Quieren distraer la atención con otro caso”, señaló el presidente, del partido nacionalista Congreso para la República, que forma parte de la coalición gubernamental liderada por Ennahda.

Marzuki aseguró que la Asamblea Nacional Constituyente, votada en las elecciones de 2011 con el objetivo de redactar la nueva Constitución, se encuentra en “el último tramo” y que pronto deberían convocarse nuevas elecciones. “Vivimos el último cuarto de hora del período interino. No es una casualidad, lo repito, que este asesinato ocurra hoy. Es importante para algunas personas mostrar que la primavera árabe está estancada en todas partes”, indicó, antes de rechazar la posibilidad de que su país siga el camino de Egipto.

Islamistas en la encrucijada

SAMI
NAÏR



El golpe de Estado del Ejército egipcio tendrá consecuencias terribles en el proceso revolucionario en marcha desde hace casi tres años en el mundo árabe. Se inscribe en la misma línea de reacción que la de los militares en Siria. Pero la situación egipcia es más emblemática, porque muestra cómo las fuerzas democráticas, para enfrentarse a los islamistas, no han dudado en apoyar el golpe, lo que constituye un giro fundamental en el futuro de los países árabes. Ello quiere decir, al menos en Egipto, que los partidarios de la modernidad, de la laicidad y del progreso demuestran que no pueden hacer frente a los islamistas en el poder; que no pueden asumir una legislación de los islamistas; que prefieren recurrir a los militares que les han oprimido en el pasado para evitar padecer el yugo de los

religiosos, potencialmente totalitarios. Así pues, esta es la estructura de la tragedia en la que se encuentra ahora la democracia en todos los países árabes. Las tres fuerzas sociológicas centrales en estos países, y de las que Egipto es la quintesencia —a saber, el pueblo excluido desde siempre y que durante la transición democrática aportó un apoyo masivo a los islamistas; los militares que ostentan el monopolio de la fuerza represiva, que han servido de columna vertebral a todas las dictaduras desde hace más de medio siglo; y las fuerzas modernistas laicas y democráticas—, demuestran, a través del ejemplo egipcio, que no aceptan el juego “mayoritario-minoritario” de la práctica democrática.

En el fondo, tenemos que vernos las transiciones democráticas sin demócratas. Por eso los militares pueden retomar el mando con tanta facilidad. Ya quedó demostrado con la experiencia argelina: los islamistas habían ganado democráticamente las elecciones en 1991, pero los militares les impidieron llegar al poder. Las capas medias democráticas respaldaron entonces a estos últimos, por temor a padecer una regresión religiosa de la que el modelo iraní era el ejemplo. De ahí, una guerra civil terrible (más de 300.000 muertos) y el poder consolidado del Ejército con el

apoyo real de la mayoría de la población argelina. Conclusión amarga: si hay democracia, debe por tanto ser reservada a algunas capas sociales y excluir de golpe todo aquello que, de cerca o de lejos, pueda tocar lo intocable: el poder del Ejército.

Egipto se encuentra en una situación similar a la de Argelia en los noventa. ¿Nos dirigimos por ello hacia una guerra civil? Nadie lo puede afirmar, pero lo que sí es seguro es que los Hermanos Musulmanes van a padecer un período muy difícil: deben hacer autocrítica interrogándose so-

En Egipto, los Hermanos Musulmanes han perdido la batalla como partido hegemónico

bre su capacidad para engendrar un apoyo que vaya más allá de sus propias bases. No pueden gobernar democráticamente las sociedades solo desde su islamismo conservador; estas son, ciertamente, islámicas pero también posislámicas en el sentido de que no van a aceptar un poder de naturaleza religiosa. La ideología política islamista ha

fracasado en Egipto. No habrá vuelta atrás.

¿Pasarán los islamistas a la revuelta armada? Es muy improbable, salvo si los militares intentan destruirlos como partido. Si cometen este error, provocarán inevitablemente una alianza entre los Hermanos Musulmanes y los salafistas del partido Nur, los cuales, desde luego, van a temer recibir el mismo trato. De momento, los Hermanos rechazan participar en el proceso electoral, mientras el Ejército no haya, tal y como exigen, “devuelto el poder a Morsi”.

Reivindicación suicida, pues el Ejército no ha destituido a Morsi para confirmarlo de nuevo en su puesto. Los Hermanos se condenan así a la impotencia política y, sobre todo, se niegan toda posibilidad de ampliar sus bases en dirección a las fuerzas democráticas. De hecho, se encuentran en una encrucijada: o aceptan el Estado civil, o se condenan a no formar parte de una alternativa más amplia frente al autoritarismo militar. En Egipto han perdido la batalla como partido hegemónico. Y en el resto del mundo árabe los militares han trazado su estrategia frente a los islamistas: no permitirán que la religión sea motivo de enfrentamientos en la sociedad. Pero la vuelta del Ejército a primera línea no significa que los problemas sociales desaparezcan. Y, desgraciadamente, la inestabilidad seguirá.